

V Sección: Tres análisis: tres autores, Cervantes, Martí, y Mora.

“LOCU-LECTURA EN CACHAZA, DESDE LA TEORÍA FOUCAULTINA”

Óscar Gerardo Alvarado

oscar.alvaradovega@ucr.ac.cr

Resumen: Este texto tiene como principal orientación referir la construcción de un discurso ideológico en el cual la locura se ha de “leer” o interpretar como enajenación que posee a un determinado sujeto, cuando en verdad es más bien la forma de reducir o borrar a aquel que socialmente constituye un estorbo. Cachaza, más que un personaje, es el símbolo de la desposesión, con una voz no confirmada por el grupo social que ejerce el poder y que lo reduce con la asignación de una locura construida desde fuera del propio personaje.

Palabras clave: Cachaza, locura, discurso, poder, enajenación

Madness reading in Cachaza from the Foucault theory

Abstract: This main theme of this text is referring to a ideological discussion, in wich insanity has to “read” or interpreted as alienation that possess a determined subjet, when in truth it is more a form of to reduce or erase those that constitute a social nuisance. Cachaza, more than a character, is the symbol of dispossession, with a voice not confirmed by the social group the exercises the power and reduces the allocation of a folly built from outside the character himself.

Key words: Cachaza, madness, discourse, power, insanity



La Revista Estudios es editada por la [Universidad de Costa Rica](http://www.ucr.ac.cr) y se distribuye bajo una [Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 3.0 Costa Rica](http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/3.0/cr/). Para más información envíe un mensaje a revistaestudios.eeg@ucr.ac.cr.

Antecedentes

En **Introducción al sociotexto**, María Amoretti trabaja con la novela **Cachaza**, de Virgilio Mora Rodríguez, lo cual convierte este estudio en uno de los pocos referentes al respeto. El gran eje de discusión en dicho texto, y fundamentalmente en los pocos estudios relacionados, refiere al binomio razón/sinrazón, o locura-cordura.

La razón implica el rechazo de la locura, lo cual pone en contraposición ambos discursos, y ello privilegia, socialmente, uno de los dos. Es por ello por lo que la locura, en el ámbito de la represión y el silencio, encuentra en la literatura, como una posibilidad, una forma para manifestarse. Para algunos, como Shoshana Felman, la literatura es uno de esos pocos canales que permiten la expresión de la locura (Amoretti, 1989). Es por ello que la locura existe, a pesar de que se la reprime, por lo que debe buscar los mecanismos para hacerse evidente, para expresarse, e incluso para que pueda ser objeto de discusión. Por lo tanto, en una novela como **Cachaza**, la locura tiene su forma de manifestación a partir no solo del texto literario, sino del propio personaje envuelto en la locura, el cual debe refugiarse en cierta “cordura” para legitimar su discurso en el ámbito de lo social, ejemplificado por el lector del texto.

En tal novela, señala Amoretti, los personajes, los reprimidos, son sujetos que están fuera del discurso de gravitación social, en donde el poder no les pertenece, sino que está en manos no de los de adentro en tanto pacientes sino en poder de los médicos, de las enfermeras y otros, verdaderos representantes de la otredad que se construye desde el exterior, desde el afuera del manicomio.

En ese marco, Amoretti habla de los hombres sujetos de poder y de los hombres objetos de poder, lo que reafirma la contraposición entre unos y otros, no solo en el plano físico, mental, sino también discursivo, y las implicaciones sociales que esto trae aparejadas.



La Revista Estudios es editada por la [Universidad de Costa Rica](http://www.universidaddecostarica.ac.cr) y se distribuye bajo una [Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 3.0 Costa Rica](http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/3.0/cr/). Para más información envíe un mensaje a revistaestudios.eeg@ucr.ac.cr.

La animalidad surge cuando se establece tal lectura, por lo que los pacientes quedan sujetos a la condición menos que humana, tal como se desprende del trato que reciben en el asilo. Los “enfermos” son construidos como sujetos carentes, de acuerdo con los lineamientos de los doctores, es decir, de los psiquiatras que los atienden. De acuerdo con esta perspectiva, si hay alguien enajenado en el asilo es el propio Cachaza el cual, con base en su punto de vista, es posiblemente el más cuerdo dentro de la novela. Encuentro y desencuentro de discursos: razón y locura.

El lenguaje, entonces, establece el canon de la verdad y la mentira y define las posiciones en el discurso que unos y otros enfrentan: los que están insertos en él, y manejan el poder, y los que están por fuera, los excluidos, que pueden ser los locos, los indigentes, los presos, los olvidados, los enajenados del todo.

La condición de la locura en el asilo Chapuí parece ser la del olvido. Los encerrados pierden la posibilidad de reinsertarse en la sociedad, por lo que, una vez adentro, pasan al espacio de la exclusión, del rechazo y de la “muerte social”.

Amoretti señala que los personajes pueden ser devorados por la sociedad, pero también lo pueden ser como sujetos más bien vomitados, y precisamente los internos del Chapuí son sujetos vomitados, expulsados, debido a que el vómito es la expulsión de lo que luego es indigerible, por lo que, una vez ocurrida tal acción, ya no cabe la posibilidad de la reinsertación. Desde tal precepto, el asilo no es un espacio de retorno, sino de borramiento, es como un paso a la invisibilización, a la muerte, al olvido pleno. Alienación social y alienación mental se confunden en uno, como dice Amoretti. No hay diferencias entre estos dos.

En la novela, los pacientes dejan de ser humanos y se bestializan, no solo por la lectura que de ellos se hace, sino como producto de los mismos tratamientos que reciben, los cuales, lejos de curarlos, los van degradando, los van “animalizando” lentamente. En otras palabras, no se plantea una cura legítima sino que se



La Revista Estudios es editada por la [Universidad de Costa Rica](http://www.universidadcostarica.ac.cr) y se distribuye bajo una [Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 3.0 Costa Rica](http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/3.0/cr/). Para más información envíe un mensaje a revistaestudios.eeg@ucr.ac.cr.

asegura un “tratamiento” que impida la reincorporación de aquellos al ámbito de la sociedad.

De hecho, la carencia de nombre, y la recurrencia a apelativos que no corresponden a una humanización, viene a reafirmar la nueva posición en la escala establecida dentro de las nuevas lecturas para el ser humano. La locura es un alejamiento de la humanidad y de la condición humana, o una imposición de distanciamiento, por lo que la carencia o deformación de los nombres es totalmente congruente con lo que se inicia como el despojo paulatino.

El espacio de reclusión

La muerte es el paso obvio dentro de la novela: la muerte del viejito, del Taco, de la loca Prado, del Playo Valdés, del Tenorio, etc., las cuales pueden ser físicas o psicológicas. Lo importante es la desincorporación que se pueda hacer de estos. Al muerto se le rechaza por más que se le quiera, cuando su cadáver hiede; lo mismo ocurre con el loco, al que se le expulsa cuando del todo ya no se le soporta, pues incomoda, molesta, inquieta, aturde, “enloquece” la normalidad...debe ser “liquidado.”

La literatura pone entonces el discurso de Cachaza en evidencia, lo que hace que la locura se haga presente desde el discurso que este insiste en manifestar, a pesar de que sea un excluido en el mismo por parte de los detentadores del poder. Así, su palabra no es la del personaje, sino la de la locura, como expresión, a su vez, de un discurso que esta también manifiesta.

En definitiva, en esta novela el lenguaje es una posesión del saber. El silencio se construye como una manifestación de locura, por eso “leemos” a Cachaza, a pesar de su silencio, pues este se convierte en discurso que descalifica el saber de los otros. A pesar de la desposesión propia de la carencia de habla, este se



La Revista Estudios es editada por la [Universidad de Costa Rica](#) y se distribuye bajo una [Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 3.0 Costa Rica](#). Para más información envíe un mensaje a revistaestudios.eeg@ucr.ac.cr.

manifiesta más cuerdo que cualquiera de los otros enfermos que expresan su habla, e incluso es más coherente que el discurso de los propios doctores. El texto parece ironizar en relación, entonces, con quién es el loco, quién es el verdadero portador del saber y de la razón, lectura que queda a cargo del lector de la novela.

Finalmente, lo onírico es también una manera de poner en el discurso el carácter de la locura, pues confirma el delirio de unos y el saber o la razón de otros, aun cuando el discurso vertido desde el sueño pueda escapar en gran medida de una lectura plana. Quien da significado es el poseedor del discurso, y este está del lado de la “razón”. De nuevo, y de manera cíclica, ¿quién define la locura y la cordura, sino el que está “afuera de”? Es una manera clara de plantear la expulsión y la exclusión a partir de un discurso ya establecido.

Discursos

La antipsiquiatría rechaza las leyes del juego psiquiátrico, en donde el poder médico no tiene discusión alguna. Desde ese punto de vista, ya podemos pensar en lo que representa una novela como **Cachaza** (1977), de Virgilio Mora, en donde la gran crítica del texto son los tratamientos opresores, inhumanos y bárbaros aplicados a los “enfermos” mentales, sujetos sujetos a un orden en donde no siempre la verdadera justificación es la locura defendida por los médicos, sino una forma de rechazo social justificado para el olvido y el “encarcelamiento” de los oprimidos.

El poder, simbolizado por los términos médicos, las técnicas de aplicación, la asunción del rango de verdad que enfermeras y doctores comportan, son elementos más que claros dentro de un discurso psiquiátrico sin asidero, mientras que los “enfermos” como Cachaza desenmascaran permanentemente la locura de un discurso injustificado.



La Revista Estudios es editada por la [Universidad de Costa Rica](http://www.ucr.ac.cr) y se distribuye bajo una [Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 3.0 Costa Rica](http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/3.0/cr/). Para más información envíe un mensaje a revistaestudios.eeg@ucr.ac.cr.

En la antipsiquiatría el denominado loco puede expresar una verdad de la que también es partícipe importante, sin que ello implique que su discurso carezca de conexión, de legibilidad y de verdad. El médico debe aprender de su paciente, de ninguna manera descartar la palabra de este. Es justamente lo que no sucede en la novela de Mora Rodríguez, en donde la enajenación de los pacientes es una confirmación de lo que representa la carencia de lugar y espacio en el ámbito social para estos. De ahí que el mismo Cachaza, en medio de la locura que se le asigna, sea el primer cuestionador de la novela. No es casual que precisamente aborde la palabra, la asuma y se empodere de ella. Es el paciente enarbolando un discurso contra el discurso que ha prevalecido.

Los maquinazos, los tratamientos “desmedidos”, la locura en medio de la locura, pasan a un segundo plano desde la asunción de la palabra de Cachaza, a pesar de que tales tratamientos no decaigan con el paso de la novela, pero sí son cuestionados desde un espacio en donde la represión y el silencio son lo esperado.

Es el discurso de la psiquiatría y la antipsiquiatría contrapuestos.

En la novela de Mora Rodríguez claramente encontramos la construcción de diversos discursos contradictorios, en los cuales la razón y la sinrazón se debaten sin tregua, a pesar de la evidente crítica en torno a los manejos inadecuados de los cuales son víctimas, más que pacientes, los enfermos del Chapuí, verdadera cárcel más que casa de tratamiento y curación.

La novela plantea el mundo de descomposición en el cual pacientes y personal médico entran en disputa permanente, a partir de una desigualdad evidente. El discurso de poder tiene claramente una sola dirección, lo cual pone en entredicho la palabra surgida desde “los de abajo”, es decir, los enfermos, los reclusos. El manicomio dista de ser un espacio en el cual advenga la cura, sino que más bien se convierte en lugar de represión, de castigo, de imposición, de pena, de dolor,



de olvido, de invisibilización, y no es casual que los enfermos sean rara vez visitados. No se trata de curar, sino de borrar socialmente, lo cual “retrata” la crítica manifiesta de Cachaza, el más cuerdo desde ese punto de vista. La locura no es una enfermedad mental para este, sino la imposición de un infierno que reprime y castiga la culpabilidad o la inocencia de cada uno de los enfermos del lugar. De tal manera que la enfermedad es más bien la nominación otorgada al hecho de recluir a hombres y mujeres desechados socialmente, y revestidos de una monstruosidad social que se convierte en la cara menor de lo que es la verdadera deformación del ámbito social a partir del mundo externo y de los poseedores de la palabra y el poder.

La novela entonces señala que los “locos” solo lo son en la medida en que son leídos e interpretados como tales. La locura es un castigo que linda con el infierno, y tanto Cachaza como el Viejito, La Loca Prado, Pizarrín, El Playo Valdés, El Tenorio, El Taco, y todos los demás, son el producto derivado de ese mundo en el cual la locura está afuera más que adentro, pero revestida de una normalidad que trastoca los papeles y deconstruye la moralidad.

Los medicamentos, los tratamientos, la atención a los pacientes, los análisis y las sesiones de trabajo, no solo entre médicos, sino de estos hacia los pacientes, viene a reafirmar la permanencia de un mundo enmascarado dentro de los parámetros de lo que significa la psiquiatría como método de aplicación médica. No obstante, los resultados son otros, y la voz de protesta, acallada por lo demás, lo cual no es casual, que proviene de Cachaza, viene a constituirse en la queja de los desposeídos, de los olvidados y, en muchos casos, de los innombrados o innominados.

Foucault refiere que en el mundo los indeseables pasan a formar el grupo de los rechazados, y por ello la sociedad los “esconde”, al someterlos a la cárcel, al manicomio, a la casa misma como lugar de encierro, etc. Es por ello por lo cual



La Revista Estudios es editada por la [Universidad de Costa Rica](http://www.ucr.ac.cr) y se distribuye bajo una [Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 3.0 Costa Rica](http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/3.0/cr/). Para más información envíe un mensaje a revistaestudios.eeg@ucr.ac.cr.

en la novela, el Chapuí es un nuevo infierno, en el cual expían sus culpas los encerrados, culpas de las que no siempre son conscientes o les son asignadas arbitrariamente.

El silencio auto impuesto por Cachaza no es sino la forma de evidenciar la palabra silenciada, por medio del pensamiento. Se calla, mira, actúa como desprovisto de todo, pero en verdad “aplica su locura” en pos de la crítica que pugna por manifestarse:

...los familiares no se avergonzarían de un perro con sarna o de una vaca llena de tórzalos pero eso sí, no se diga que hay un loco en la familia pues todos lo empiezan a ignorar y hasta le cambian el nombre... (Mora Rodríguez 1977: 7).

La diferencia es parte de la marginalidad que ahoga, que va matando y que encierra y somete al olvido total. Aun así, algunos efectivamente pasan por el filtro de una plena enajenación, de una locura marcada desde el ámbito de la psiquiatría que contribuye a alienarlos del mundo. Tal es el caso de Gallinazo, que siempre juega al fútbol con una pelota imaginaria, o de Juana, con su manía de bailar lo que sea, aun cuando no responda al ritmo ni a la lógica social, si es que esta existe.

La degradación no responde solo al ámbito de los pacientes, sino que se enfatiza en los doctores y las enfermeras, pero estos, al poseer la voz, el poder que les confirma el saber establecido y legitimado por la sociedad, no sufren menoscabo en su valoración. El espacio asignado, impuesto a los enfermos, se convierte en el lugar del retiro, del castigo y de la represión.

Los maquinazos, método por lo demás degradante, es confirmado como la mejor forma de tratamiento por parte de los médicos, mientras Cachaza, desde su pensamiento y percepción de mundo, pone en duda la legitimidad de tal, y cuestiona la misma cordura de los doctores, que en definitiva se convierten en victimarios.



A lo interno de este espacio infernal, los pacientes, con la “locura” que les representa el borramiento total del mundo social, en tanto amenaza hacia esta, emergencia de la otredad, no pueden enfrentar la violencia a que son sometidos en el Asilo y quedan a merced de la barbarie médica

...el viejo que llegó anoche no se ha movido desde que el salvaje ese de Robadivía lo electrocutó, se le hicieron los párpados como pellejitos de chicharrón, se le salieron las lágrimas, se le torció la boca y se puso tan tieso tan tieso que yo creí que se iba a reventar, uno de sus dientes me vino a caer a la par del pie, todavía sigue azul y ya hace casi una hora del electrochoque, lo deberían al menos poner en un catre pero de seguro como se orinó y se cagó nadie lo quiere tocar, miren como vuelan las moscas a su alrededor, le suena el pecho a olla de agua hirviendo, la boca la tiene llena de babas y sangre, a como lo veo le van a tomar por lo menos cuatro horas para despertarse... (Mora Rodríguez 1977: 14).

Cachaza como visionario de la pesadilla

Cachaza se refiere a sí mismo como producto de los tratamientos vituperables del Asilo, pues hasta su nombre ha olvidado, lo mismo que su apellido y el nombre de sus padres, como producto de los maquinazos que en algún momento le han asignado. Su procedencia del mundo de afuera, después de haber perdido su “hogar” y a su familia, de vagar por los alrededores del Mercado donde es empujado a la nada, para luego recalar en la cárcel, de donde a su vez es enviado al asilo después de defenderse de un ataque sexual, ratifican su pertenencia a nada, y más que su desapego al mundo, la expulsión de la cual ha sido objeto por parte de este.

El mundo de adentro es la manifestación de ese castigo que se convierte en ratas, cucarachas, comida fría, mal cocinada y mal preparada, en cuartos desvencijados, en mierda, en orines, en moscas, en frío de los pisos en donde deben dormir en ocasiones a falta de camas, en miedo permanente, en evasión completa en algunos casos, en violación, en más y más locura, producto de tales condiciones y



de la permisibilidad con la cual actúan quienes ejercen el poder y la voz desde afuera, la voz de la sociedad.

El Taco, otro de los pacientes, que no habla, parece no oír, carece de brazos y piernas, y su espalda ulcerada da testimonio del olvido al que es sometido, se convierte en uno de los casos de expulsión más significativos en la novela. Carente de todo, es más un vegetal que una persona, aparece y desaparece en la novela, y reafirma la condición de degradación a que se pueden llegar estos.

En verdad, la novela lleva hasta una visión naturalista, degradada, del mundo de los pacientes del Chapuí, hasta el punto de que en ocasiones parece inverosímil la descripción de ciertas escenas en las cuales cuesta dar legitimidad a un grado de abandono como el que describe Cachaza a su paso, y que no precisamente debe responder a sus delirios como un paciente más

...yo quisiera que hablaras de nuevo para que me explicaras qué es lo que él quiso decir, a quién viste sin ver y por qué eso te enfermó viejito, sígueme, vamos por aquí, no te pares encima de esa caca, ten cuidado, no vayas a majar a ese pobre hombre tirado en el suelo, mirá qué sucio, mirá qué largas tiene las uñas y mírale esa úlcera de la rodilla si hasta se le ve el hueso...(Mora Rodríguez, 1977: 32-33).

Los pacientes mueren y son sustituidos por otros, mientras se va produciendo un crecimiento poblacional de enfermos que no da margen a una atención adecuada, la cual no funciona ni siquiera con un número menor. De lo que se trata es de encerrar al mayor número de expulsados sociales, sin importar realmente cuál sea la condición de estos, de forma que no pertenezcan más al mundo de lo social. La entrada al Asilo, si bien es parte de un submundo, constituye una aniquilación total del resto del entorno. El Asilo se convierte en laberinto sin salida, en un hoyo negro al cual caen para no volver a salir:

Ventanas “selladas”, barrotes que a los portones de los patios les dan apariencia de esqueletos, puertas con cerradura especial, tapias alrededor, zaguanes angostos, crujir de gonces herrumbrados, gente que se mueve al compás del



tintineo de enormes llaves, tinieblas, humedad, llantos, gritos, hombres y mujeres encerrados en la estrechez de sus movimientos, ideas y fantasías causadas por tanta medicación, encerrados en cuartuchos en donde apenas caben, gentes condenadas cada año a una, dos o tres sesiones de maquinazos que les roban la única libertad que ni la peor de las prisiones puede tocar, la libertad de volar con el pensamiento a las más remotas regiones, la libertad de soñar en felicidad, miedo montado en sombras, escondido en cada esquina en acecho de las caras de todos estos hombres de mirada perdida, en Aislamiento de Mujeres y Hombres, medidas de seguridad para que los locos que ocupan sus calabozos sin ventanas, lugares a donde el sol asustado sólo se asoma por debajo de las puertas, no se pueden escapar, no se pueden escapar de esos cuchitriles hediondos a llanto, sudor, sangre y desechos humanos, en donde se pudren como si fueran carroña, en donde a veces se despiertan sin saber ni cómo llegaron a dar ahí, sus caras asustadas, cambiándose por caras de inmensa derrota al abrirse las puertas que con chirridos herrumbrados les gritan aquí sigues en el Hospital. Cachaza se despierta debajo de la cama cuyas patas también semejan barrotes, sus ojos se abren inmensos al mirar esos barrotes que le traen a la memoria sus días de reo, siente el deseo de gritar, oye un gemido, cree que sueña pero el gemido del viejito le dice dónde está, le viste de realidad ese panorama horizontal de vomitadas, cagadas, vacinillas, cucarachas en carrera que como él se pierden debajo de una cama, hombres acostados en el suelo pegados a su costra pegajosa de tierra, lágrimas, mocos, saliva, sudor, sangre es real esa vista petrificada, incambiable, todos los días se lo dice al viejito, con una queja ayer, antier llorando, antes de antier con uno de sus brazos que se le cayó de la cama y que ahí estuvo guindando todo el día pues nadie se lo subió hasta que él a media noche se animó y medio asomándose debajo de la cama de nuevo se lo acomodó, otro gemido del viejito no le deja duda ahora, sigue en el Hospital...(Mora Rodríguez 1977: 43-44).

En medio de ese inframundo de locura, la muerte parece ser el elemento que más ronda sus vidas, ya sea de manera física o de forma psicológica. La mejor manera de adaptarse, si ello se puede, a ese infierno, es optar por la locura, fingirse loco, o volverse loco del todo, pues en verdad no hay margen para el regreso a la cordura. Cachaza se finge loco para no salir, pero es incapaz de darse cuenta de que ya de por sí no tiene salida, y el manicomio ha de ser el lugar permanente para su vida.



Cachaza acepta su muerte, como la de todos los demás, como el día a día, la rutina, lo que no cambia, el deseo de morir para liberarse, la imposibilidad de recuperar la libertad física y, en algunos casos, la mental.

La hediondez de cada día es también la marca que se les asigna a los pacientes: falta de aseo, excremento, incoherencia, lo irracional llevado a la máxima expresión. Es el mundo de los enajenados, contruidos e identificados, en relación con el de los cuerdos, los de afuera, aun cuando el límite entre uno y otro sea discutible. Ya el propio Cachaza, como puente entre uno y otro, ha puesto en duda la barrera que existe en ambos, y ha dejado de manifiesto que su locura más que asignada, es auto impuesta, con el fin de “sobrevivir” en medio de la nada. De hecho, con su pensamiento, con su permanente monólogo interno, “defiende” su estado de no locura ante uno de los doctores.

Los pacientes se van desfigurando, se van bestializando a partir de los tratamientos que “confirman” la enajenación de estos; pero lo paradójico es que los propios doctores y enfermeras construyen a su vez su estado de locura, de alienación, desde el manejo de un discurso que los confirma como los portadores de una palabra que, evidentemente, está lejos de la cordura, a pesar de que se reviste de esta, y del saber. La monotonía del lugar contrapone ambas manifestaciones discursivas y termina por confirmar que la expresión más débil de la novela es precisamente el de la cordura, sin importar cuál sea la dirección de donde este provenga. La novela, es, entonces, la construcción de diversas locuras, con la permisibilidad y enmascaramientos de unas y la identificación y catalogación de otras.

El pestilente Asilo es símbolo, entonces, de lo que representa el ahogo de la locura, asignada a un espacio cerrado, cuando en realidad es parte del colectivo. Pero los poseedores del discurso la construyen y manejan a su manera, y entablan procesos de exclusión, de marginalidad, de rechazo, de invisibilización.



Como señala Foucault, los locos son peligrosos socialmente, y por eso deben ser encerrados. La locura y la cordura son dos discursos en contraposición, pero es la palabra, el manejo de esta, la que define desde dónde se habla y cuál de esos discursos se privilegia. Eso es **Cachaza** como novela.

La máquina de tratamiento es parte fundamental de la construcción de la locura, y de la asignación de esta, pues se usa para tratar las regresiones, las depresiones, los síntomas de enajenación, los casos severos, la violencia, la euforia exacerbada, etc. La locura acompaña la máquina, la máquina acompaña la locura. En medio de ello, los pacientes son los ejecutantes de la identidad impuesta, son los enajenados que deben ser tratados.

Los sueños, las pesadillas, el mundo de lo onírico, confirma también esa manifestación de locura derivada de la desesperación y de la derrota. Son las alucinaciones en las cuales se ve envuelto Cachaza, el cual termina por dudar si en verdad sus pesadillas son reales, o es parte de la realidad que lo envuelve y que lo trastorna. El sueño con la muerte de su padre, se le confunde con los recuerdos. La pérdida de la madre, como parte de sus pesadillas termina por romper la barrera que existe entre el delirio del sueño y la suerte de su progenitora que se convierte luego en prostituta, y a la cual él mismo mata. ¿Dónde acaba la pesadilla y dónde comienza la realidad? ¿Cuál de los dos es más monstruoso? Es parte de la situación que el personaje no logra resolver a lo largo de la novela y que termina por sumirlo, hacia el final de esta, es un mundo totalmente caótico, que lo precipita, ahora sí, al final de su vida pensante, hasta convertirlo, producto de maquinazos dados a causa de su delirio, en un vegetal. ¿Es locura su final o es solo un resultado de un mal tratamiento? ¿Cómo entonces se ha construido la locura en la novela? Quizás la respuesta más obvia sea que la locura nunca deja de funcionar, como lo señalamos antes, en los diversos discursos que emergen a lo largo del texto. Quizás la respuesta abra preguntas hacia la construcción de la monstruosidad en la novela, y desde dónde se manifiesta tal monstruosidad:



La Revista Estudios es editada por la [Universidad de Costa Rica](http://www.ucr.ac.cr) y se distribuye bajo una [Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 3.0 Costa Rica](http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/3.0/cr/). Para más información envíe un mensaje a revistaestudios.eeg@ucr.ac.cr.

¿acaso desde los pacientes, monstruos ya de por sí, en tanto amenaza, o hacia otra monstruosidad más perversa, la del mundo de los médicos y de la sociedad en general? La respuesta abre la necesidad de un nuevo abordaje.

La locura infernal

El infierno, para Cachaza, termina por ir más allá de las puertas del manicomio. El infierno está en todas partes, de allí que opte por quedarse en el Asilo como medio de subsistencia, pues ahí al menos tendrá un lugar permanente para dormir y comer, ambos mal, pero lo suficiente para lo que necesita, mientras que afuera nada tiene. La muerte, entonces, trasciende las paredes para aquellos marcados por la locura o el rechazo social, e identificados como tales. Cachaza es loco porque está “construido” socialmente de esa manera, pero también porque para él es la mejor evasión y arma para huir de los otros, los verdaderos poseedores de esa locura.

Cachaza es un sujeto delirante, víctima de la presión social, pero también de su propia forma de aislamiento. Su locura es respuesta a la necesidad de evadir la insoportable presencia del entorno que lo ahoga. Es loco porque es su forma de interactuar con el mundo y con el resto.

La paradoja del texto, finalmente, está en la llegada de un Nuevo Año y el paso por la Navidad, una Noche de Paz que encuentra a Cachaza sumido en la desposesión total, perdido para siempre, víctima de los maquinazos dados cuando, en medio de la fiesta navideña llama a gritos a sus padres que vienen a visitarlo, cuando ambos ya están muertos. Los buenos deseos de un Nuevo Año no llegan hasta él, sino para sorprenderlo en la total inconsciencia. El equipo para los maquinazos que tantas veces ha cargado sirve en resumen para convertirse en su propio victimario. La muerte psíquica se le viene encima, y queda reducido a



la nada. De la locura actuante pasa a un estado de enajenación irreversible. La sociedad ha cumplido su propósito: el borramiento total, el impedir su reincorporación al mundo de los otros. Es la derrota del rechazado, del excluido, la vida sin esperanza del “loco social”. De acuerdo con lo señalado por Foucault, el indigente, el mendigo, el loco, la prostituta, el delincuente, etc. deben ser encerrados, y es ello la función que cumple, desde esa perspectiva, el Asilo. Es el lugar de reclusión, de encierro, de castigo. Es el infierno impuesto a los diferentes, tal como resultan ser los hombres y mujeres del Chapuí, y desde allí purgan la pena derivada de su exclusión. Cachaza como personaje es el paradigma de todos estos, y por tal motivo termina por convertirse en sujeto sujetado, reducido, borrado, inhabilitado, acaso también resultado de su proceso de cuestionamiento en torno al funcionamiento social. Cuando intenta tomar la palabra, ya no en el plano del pensamiento sino de la oralidad, termina por evidenciar su locura, el delirio que lo posee, y ello lo lleva, a su vez y erróneamente, hasta la máquina con la cual se lo termina por desposeer del todo. Desde tal punto de vista, la novela es la historia de una locura que lucha por manifestarse y encadena la locura del personaje Cachaza.



Bibliografía

Amoretti, María (1989). *Introducción al sociotexto. A propósito de Cachaza*. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica.

Basaglia, Franco et al (1978). *Razón, locura, sociedad*. México: Editorial Siglo XXI

Castro, Edgardo (2004) *El vocabulario de Michel Foucault. Un recorrido alfabético por sus temas, conceptos y autores*. Buenos Aires:Prometeo. Universidad Nacional de Quilmes.

Cooper, David (1981). *El lenguaje de la locura*. Reimpresión. Barcelona: Editorial Ariel.

Chen Sham, Jorge (editor).(2011) *La narrativa de Virgilio Mora. Complejidad polifónica y dialogismo*. San José, CR: Colección Estudios Críticos.

De Laurentis, Claudia, et al (1998). “Función social de la locura”, en “La función social de la locura. Una mirada desde el poder”. Buenos Aires: Espacio Editorial. Páginas 139-146.

Duncker, Patricia (2004). *La locura de Foucault*. Madrid: Alianza Literaria. Madrid.

Fernández Liria, Carlos (1992). *Sin vigilancia y sin castigo. Una discusión con Michel Foucault*. Madrid: Libertarias/ Prodhufi.

Foucault, Michel (1998). *Historia de la locura en la época clásica* (I y II tomos). Décima reimpresión. México: Fondo de Cultura Económica.

----- (2001). *Los anormales. Curso en el College de France (1974-1975)*. Buenos Aires: Fondo de cultura económica.

----- (2004). *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*. México: Editorial Siglo XXI.

----- (2006). *Enfermedad mental y personalidad*. Tercera edición. Buenos Aires: Editorial Paidós

----- (2006). *El nacimiento de la clínica. Una arqueología de la mirada médica*. Segunda reimpresión. Buenos Aires: Editorial Siglo XXI.



Gros, Frederic. (1997) *La locura en Foucault*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.

Gros, Frederic.(1997) *Foucault y la locura*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.

Merquior, J. G.(1988) *Foucault o el nihilismo de la cátedra*. México: Fondo de cultura económica.

Mora Rodríguez, Virgilio (1977). *Cachaza*. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica.

Porter, Roy. (2003) *Breve historia de la locura*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.

Rojas Osorio, Carlos (1995). “Razón, sinrazón y locura”, en: *Foucault y el pensamiento contemporáneo*. Puerto Rico: Editorial de la Universidad de Puerto Rico.

Roudinesco, Elizabeth (1992) “Lecturas de la histoire de la folie (1961-1986)”, en: *Pensar la locura, Ensayos sobre Michel Foucault*. Buenos Aires: Paidós.

Szasz, Thomas (2001). *Ideología y enfermedad mental*. Buenos Aires: Editorial Amorrortu.

